

que se hallaba revestido el padre Landa, no lo autorizaba para un acto en que incuestionablemente usurpaba atribuciones que no eran las suyas, y mucho mas salta á los ojos la barbaridad de aquel hecho, si se pesan los inmensos males de trascendencia que ha ocasionado á la historia del país, á su etnogenia y al estudio del poderoso arte yucateco, simbolizado en sus magestuosas ruinas.

La posteridad no tardó en llegar. Ya desde entónces mereció el padre Landa el dictado de cruel. Una posteridad mas remota lo ha nombrado con los epítetos de fanático, extravagante y cruel tambien.

No se han puesto de acuerdo los autores para justipreciar el carácter del padre Fr. Diego de Landa. Para unos es el satan que sopla la hoguera para triturar los anales del pueblo maya; para otros es el misionero apostólico, con la potestad de hacer milagros, lleno de unción y de caridad evangélica.

Es necesario reconocer al padre Landa en las diversas gerarquías eclesiásticas en que se encontró durante su permanencia en la provincia de Yucatan. Su vida como simple misionero tiene rasgos de bondad, aunque debajo de aquel caritativo exterior oculta las tentaciones de una alma que sacrifica los medios mas generosos, para llegar á un fin que era el bello ideal de su orden y de su siglo: la propagacion del cristianismo. Llegó para él la época de poner en ejercicio las vehementes pasiones de su corazon, y hecho ya el custodio provincial del país recientemente conquistado, desplegó atributos intolerantes, crueles y fanáticos. Su pugna con los primeros gobernadores que rigieron los destinos políticos de Yucatan; la lucha que entabló con el primer obispo yucateco Fr. Francisco de Toral, que se propuso poner un

coto á los actos abusivos del provincial Landa; el auto de fé á que acabamos de referirnos, en que los indios adoptaron el medio reprobado del suicidio para no caer en las manos del inquisidor, todo esto está justificando plenamente los epítetos con que lo ha calificado un escritor por mil títulos recomendable.

Ni se diga, segun acabamos de ver en el apéndice de la tercera edicion de la historia yucateca, que si el ilustre D. Justo Sierra viviera, que es el escritor á que ántes nos hemos referido, rectificaria su juicio relativamente al Padre Landa, en presencia de un manuscrito de aquel franciscano, encontrado en la biblioteca de Madrid y que lo ha dado á conocer al mundo científico el ilustre anticuario Brasseur de Bourbourg. Podrá justificar en parte su memoria la compilacion de aquellos datos históricos; pero aplicada la crítica, nunca merecerá la absolucion de la posteridad. Despues del crimen vino la expiacion; pero siempre con el crimen quedaba esa inmensa laguna de nuestra historia, donde flotan con vaguedad los espíritus mas investigadores.

La misma solidaridad de fanatismo, la misma solidaridad de arrepentimiento advertimos en la historia de México. Despues de que los misioneros arrojaban á las llamas todos los geroglíficos cronológicos é históricos, y los manuscritos indios desaparecian al soplo de esas hogueras, que D. Lucas Alaman llama *piadosas quemazones*, venia el arrepentimiento mas tarde y se esforzaban en reunir los pocos datos que quedaban despues de la profanacion, los cuales compilados no formaban mas que un reducido cuadro histórico, lleno de tradiciones incoherentes, consejas supersticiosas, pasajes mutilados y en el conjunto una relacion histórica incompleta, pues-

esto que no puede conducir al investigador á los orígenes de los pueblos, ni á saber la fuerza ó ménos influencia que hubiesen ejercido en los destinos de la humanidad.

Así vemos la manera con que han desaparecido todos los documentos que pudieran ilustrar el exámen filosófico, tanto sobre los graves sucesos del nuevo continente, como de los prodigiosos monumentos que atestiguan para aquellos pueblos épocas de magnificencia y de infortunio.

Ni en el pretexto cabe la justificacion. Pues si con un procedimiento análogo se quisiera borrar de las razas americanas sus antiguos hábitos religiosos, nunca hubiera sido posible llegar al conocimiento de la historia primitiva de los otros pueblos, si antes de la predicacion del Evangelio se empezaba por arrojarse á la hoguera sus geroglíficos y los caracteres antiguos; y como el cristianismo en su marcha progresiva fué recorriendo por escala todos los pueblos de la tierra, bien claro es que despues de cierto período de tiempo, quedarían ahogados los anales de todos los pueblos bajo la coyunda del cristianismo. No sucedió así en el viejo continente, lo que viene á demostrar que un exceso de celo, que mas propiamente llamarémos fanatismo, fué el que inflamó esas hogueras en el continente nuevo, á cuyo soplo se borraron para siempre los fastos de nuestra historia.

Está fuera de duda que los monumentos del arte yucateco han sido la constante admiracion de los viajeros de uno y otro continente. La historia nos dice que siglo y medio despues de fundada la capital de Yucatan, se practicaban actos idolátricos en las ruinas de Uxmal. Pues bien; ¿qué diríamos si por desarraigar del alma de los indios su amor á los ídolos, se hubiesen mandado demoler hasta los cimien-

tos tan preciosos edificios? ¿No es verdad que sería un acto de bárbara profanacion? Pues no ménos profano ha sido el padre Landa, cuando inspirado por el mismo fin entregó á las llamas los manuscritos antiguos y los geroglíficos yucatecos.

Estas reflexiones nos las ha sugerido el espíritu de justificacion hácia la memoria de aquel fraile franciscano, que se ha despertado en nuestros dias, debido al manuscrito á que nos hemos referido ya. El mismo Brasseur de Bourbourg lo menciona con el dictado de fanático en la historia que escribió sobre los pueblos civilizados de México en los siglos anteriores á Cristóbal Colon; no obstante, se propone atenuar sus faltas, alejando de la cabeza del franciscano los rayos de la posteridad, para descargarlos sobre el Consejo de Indias, de quien era instrumento, y no de la iglesia á cuyo gremio pertenecía. El espíritu de asociacion dictaba este juicio del ilustre viajero. El sacerdote absolvía al sacerdote. Esta opinion inmadura del abate Brasseur de Bourbourg la confirma con amplitud en la última obra que ha publicado sobre el manuscrito que encontró en una biblioteca de Madrid. Excusa las faltas del padre Fr. Diego de Landa, como hijas de su siglo. Las influencias de aquella edad, en efecto, tuvieron tal preponderancia, especialmente en las naturalezas verdaderamente místicas como la del padre Landa, que las obligaron á cometer errores que se acercaban al crimen; pero lo hemos dicho ya, el mal está en pié con toda su gravedad, y por grandes que sean las ventajas del manuscrito para descifrar las inscripciones americanas, no desata el nudo gordiano de nuestra historia y de nuestros monumentos, de lo cual es un ejemplo vivo el mismo Brasseur de Bourbourg, que no obstante sus magníficos trabajos arqueoló-

gicos, todavía no da con la clave de nuestros ricos anales históricos.

No se había despertado la afición al estudio de las antigüedades en la época colonial. Algunos hombres mas ó ménos ilustrados, á quienes guiaba la curiosidad mas que la ciencia histórica, rendían el homenaje de su admiración á las ruinas yucatecas. El silencio de aquellos edificios fué análogo al silencio que guardaban los descendientes de sus antiguos señores. El período que trascurrió desde el total establecimiento del gobierno colonial hasta los días de nuestra independencia, tenía el carácter de una inmensa máquina que giraba á impulsos del motor principal que era el rey. Dentro de la órbita del gran planeta giraba también su satélite que era el capitán general de la provincia, con mas ó ménos atribuciones, ya engrandecidas por la preponderancia que sabían tomar, ó ya debilitadas por los obispos diocesanos que

se las disputaron algunas veces. Bajo estos dos elementos político y religioso, que unas veces uniformaban su marcha y otras caminaban en constante lucha, trascurrió el largo período colonial, sin que un solo pensamiento se consagrara á las imponentes ruinas del país. Abandonadas en medio de los bosques, parecían que se conformaban con su destino. En medio de su silencio hablaban un lenguaje sublime, que la generación de entonces no podía comprender, hasta que vinieron otras generaciones, otros dueños y otras circunstancias que las tocaron sin profanarlas. Dormidas estaban, arropadas con su eterna magnificencia, cuando á mediados de nuestro siglo los viajeros las despertaron de su sueño secular. Siempre las encontraron en pie, sublimes, eternas, como los siglos, y ostentando á la faz de la historia la doble corona de su grandeza y de su silencio.

JOSÉ P. NICOLI.

EL TÉ.

Cuando veo el empeñoso afán con que la Sociedad de Geografía y Estadística procura la aclimatación de los árboles que producen la quina, y se dedica á tan noble empresa con una constancia que honra á todos y á cada uno de sus miembros, porque así presentan en sus obras la prueba de su verdadero patriotismo, séame lícito, aunque extraño á tan distinguida Sociedad, cooperar con mi grano de arena á la consecución de sus miras.

Procurar que México no sea tributaria de otras naciones, es trabajar por su verdadera independencia; y obtener por la agricultura productos que la Europa necesita comprar en nuestros mercados, es elevar á la República al rango que le corresponde por los dones con que tuvo á bien dotarla la naturaleza.

Disfrutamos de todos los climas: tenemos los grados de frío y de calor necesarios á todas las plantas conocidas, y solo toca al hombre buscar para cada semilla el terreno que le conviene. Así es como el café fué introducido y aclimatado por Duclieux en la Martinica, y posteriormente un español, hijo de las montañas de Santander, el Sr. D. José Antonio Gomez, cuya memoria será siempre grata á los amantes de la agricultura mexicana, fué el que introdujo en Córdoba el cultivo del café y del mango. Así también es como vemos aclimatarse bajo el cielo privilegiado de

esa misma Córdoba la quina [la cinchona y la calisaya] merced á los constantes é inteligentes cuidados del infatigable Sr. D. José Apolinario Nieto.

Y si el café, originario de la Arabia Feliz, el mango, originario de la China y el Japon, y la quina, originaria del Perú, se dan en nuestro suelo, ¿por qué no intentáramos aclimatar en él también el té, esa planta que obliga á la soberbia Albion á llevar á la China su tributo anual de millones de libras esterlinas? *Vouloir c'est pouvoir.*

Seguro como lo estoy, de que la Sociedad que vd. preside, y se compone de hombres inteligentes y enérgicos, tiene voluntad para introducir en México todos los elementos de grandeza de que es susceptible, me complazco en ofrecerle la adjunta obra de Mr. Marquis sobre el cultivo del té, su cosecha, su preparación y sus usos, porque sé que este libro en sus manos será útil á mi patria adoptiva.

Aprovecho esta ocasión para reiterar á vd. las seguridades de mi consideración muy distinguida.

México, Abril 28 de 1870.—*P. Mendiando.*—Sr. presidente de la Sociedad de Geografía y Estadística.

Aclimatar una planta es crear una nueva fuente de riqueza y bienestar para los pueblos.